

LA MISIÓN DE LOS OBLATOS HOY

21 Noviembre 2006 - Carta - Roma

Abreviaturas

RM = Redemptoris Missio

TE = Testigos de la esperanza (Capítulo de 2004)

EPM = Evangelizar a los pobres en el umbral del tercer milenio (Capítulo de 1998)

TCA = Testigo en comunidad apostólica (Capítulo de 1992)

MAM = Misioneros en el hoy del mundo (Capítulo de 1986)

Introducción

Einstein descubrió un secreto de la naturaleza cuando formula la ecuación $e = mc^{2[1]}$. Explica cómo el sol produce su luz, pero también cómo condujo al arranque de la energía atómica. Para mejor o peor, es el símbolo del tiempo presente. Es en este período de la historia que los Oblatos deben realizar su misión. ¿Qué es lo que caracteriza esta misión? ¿Todos los cristianos tienen una misión, pero qué es lo que caracteriza la nuestra? ¿Hay quizá una fórmula para la misión de los Oblatos, un secreto muy bien guardado bajo esta fuerza, que les permite cumplirla con lo mejor de sí mismo?

Para nosotros es vital plantearse la pregunta por la misión nuestra hoy y aquí. Será mi primer punto. Intentaré a continuación describir la situación actual de la misión de los Oblatos. Luego, en una tercera etapa, los invitaré a explicarse claramente sus elementos esenciales. ¿Podemos, en una fórmula breve, describir y simbolizar su potencia? Por último, propondré algunas etapas que deben recorrerse.

I. ¿Una cuestión vital para una Congregación como la nuestra?

¿Por qué debemos decir que es vital que reflexionemos sobre nuestra misión? Simplemente porque "la Congregación entera es misionera" (C 5). Es la misión, en su sentido específico, la que determina nuestra identidad propia. "Es el llamamiento de Jesucristo que se deja oír en la Iglesia a través de las necesidades de salvación de los hombres, ella congrega a los Misioneros Oblatos de María Inmaculada", cómo se lee en la Constitución N° 1 y en la N° 5, "la Congregación entera es misionera. Su primer servicio en la Iglesia es él de anunciar a Cristo y su Reino a los mas abandonados". La misión es lo que reúne a los Oblatos, es lo principal, la perspectiva más importante. Nuestra única razón de existir consiste en cumplir nuestra misión de estar cerca de los mas abandonados con el fin de llevarles la Buena Noticia. Cristo nos confió una porción de aquellos sus preferidos, los pobres.

Esto afecta a nuestra existencia como grupo. Sólo realizando nuestra misión sobreviviremos como Congregación, porque no es sino entonces, que nuestras Comunidades serán vivas y capaces de atraer vocaciones. La misión nos hace vivir; la falta de objetivo misionero nos haría perder nuestra vitalidad, lo que significaría nuestra desaparición.

La pregunta por la misión se propuso oficialmente para el estudio del Capítulo de 1986 y volvió regularmente en nuestras asambleas subsiguientes. Incluso hoy, se observa cómo resurge espontáneamente en los Oblatos. Por ejemplo, reapareció cuando se realizó el encuentro de la Región de América Latina, en Colombia, en febrero de 2006 y en la sesión de los nuevos superiores mayores de octubre de 2005. Se plantea a las Provincias cuando el clero diocesano está dispuesto a sucedernos en nuestras obras, en Asia o África, y también cuando, en razón de la falta de sacerdotes, debemos colmar los vacíos. Los Hermanos oblatos, por su presencia propia como miembros de la familia oblata, plantean a todos los Oblatos la pregunta por su identidad. Los Hermanos tienen ahora su Comité permanente encargado de precisar su contribución a la misión de la Congregación. Las distintas asociaciones de laicos ven aún la misión desde otro ángulo y proyectan una nueva luz sobre lo que significa ser un misionero oblato.

La pregunta por la misión también se la plantean otros institutos religiosos. Dos sesiones de la

Unión de los Superiores Generales (USG) tuvieron por tema la fidelidad a la vocación. La infidelidad de algunos religiosos los preocupa; es el inicio de sus reflexiones.

Pero más allá de esto, apareció la siguiente pregunta: ¿Somos, como grupo, fieles a la misión recibida del Espíritu? ¿Cómo se puede exigir fidelidad de cada miembro, si el Instituto en su totalidad no es fiel a su vocación? Se tendrá en cuenta con interés que la constitución 131 llama al Gobierno central de la Congregación a esta fidelidad cuando dice: "el Superior general y el consejo [...] velaran ante todo por asegurar la fidelidad de la Congregación al impulso apostólico que le legó el Fundador bajo la inspiración del Espíritu."

En resumen, es esencial para nosotros, Oblatos, que nos planteemos la pregunta por la misión. Somos enviados a *evangelizar a los mas abandonados* (véase C 5). ¿Lo hacemos?

Las constituciones del 1 al 10 nos explican con todo detalle lo que debemos ser y hacer, en virtud de nuestra misión: la identificación con Cristo y la oblación, en comunidad apostólica, la cruz y la misión con los pobres, la Iglesia, los sacerdotes y los hermanos, Maria; debemos ayudar a la gente a descubrir a Cristo y su dignidad, debemos dar prueba de la santidad y la justicia de Dios, y hacer oír el clamor de los sin voz.

Los Capítulos generales de 1986,1992 y de 1998 dijeron algo más sobre el tema; el de 2004 recordó que los Capítulos anteriores " nos han desafiado fuertemente a ser misioneros, a vivir en comunidad, a realizar el ministerio en comunidad y a formar nuestra visión y prioridades de tal modo que permitan responder mejor a las necesidades de los pobres y de los más abandonados." Para nosotros este llamado está hoy plenamente vigente (Carta del XXXIVº Capítulo general, p. 5-6).

¿En qué sentido debemos plantearnos la pregunta por la misión hoy? El Capítulo general de 2004 eligió no hacer noticia de nuevo, con una gran declaración que debía servir de programa para la misión. Opinaba que nuestras convicciones misioneras exigían, en ese momento, que pasáramos a la acción. En otras palabras, los capitulares de 2004 abordaron el reto de la misión en su aspecto práctico. "Hemos discernido que nuestra tarea debía ser práctica, con el fin de ofrecer algunos desafíos concretos, cómo mejorar nuestra vida comunitaria y nuestro apostolado. De alguna manera la esperanza engendrada por la herencia de la Congregación tenía en este momento la necesidad de ser traducida en acciones..." (Ibíd. p. 9) Después de haber reflexionado muy seriamente durante varios años, pasamos a la acción. ¡Misión significa envío, puesta en marcha y sería un fracaso si las declaraciones al respecto debieran permanecer sólo en el papel!

Existe un instrumento práctico cuyo objetivo es ayudar a que nos planteemos la pregunta por la misión y a entregar una respuesta. El proyecto *Inmensa Esperanza*, nacido tras el Capítulo de 1998, tiene como objetivo nuestras "prácticas misioneras" (EPM 19). En el último Capítulo, todos hemos recibido el mandato de proseguir este proyecto. ¿"Este Capítulo general no pone fin al proyecto *Inmensa Esperanza*, sino que asume el trabajo que ha sido realizado y urge a cada Unidad oblata a proseguir sus esfuerzos viéndolo como un proceso continuo de autoevaluación y desarrollo de estrategias para la misión" (Carta del XXXIVº Capítulo general, p. 6). ¿Hemos entendido bien el sentido de este instrumento? Tengo la impresión que aún no hemos cosechado todos sus frutos.

II. Una visión global de la misión de los Oblatos hoy

Según la constitución 133, es responsabilidad del Superior General procurar como "mantener siempre vivo el celo misionero en el corazón de nuestro carisma, impulsando la apertura de nuevos campos de misión al servicio de la evangelización". Comencemos pues por las siguientes preguntas: ¿Nuestro celo misionero está siempre vivo? ¿Estamos innovándolo?

Las alegrías y penas

Muy a menudo, los Oblatos que encuentro quieren conocer cuáles son las alegrías de nuestro trabajo misionero como Congregación y cuáles son las penas. Conecto eso a la pregunta por nuestro celo misionero, a la apertura de nuevas obras, como acabo de mencionarlo.

Todos los Oblatos pueden alegrarse cuando abrimos nuevas misiones y atraemos nuevas vocaciones, y cuando todos actúan en solidaridad para que la Congregación pueda realizar su labor.

Nos hemos establecido en nuevos países como, últimamente, en Rumania, en el año 2000, en Bielorrusia en 2001 y en Guinea Bissau en 2003, y en otros países que, por algunas razones, no podemos nombrar públicamente. Innovamos también, dentro de misiones ya existentes: una nueva fundación en el Norte del Congo, dos comunidades de Manaus en Brasil, nuevos lugares en la India, en Bangladesh, todos con la meta de llegar a los más pobres y abandonados. Podemos alegrarnos del celo misionero de tantos hermanos mayores que nos hacen comprender que la misión no se detiene nunca; podemos estar felices por los nuevos esfuerzos hechos para construir la comunidad y preparar proyectos de comunidades piloto, del renacimiento de la predicación de las misiones e iniciativas tomadas para construir la paz, promover la justicia y proteger el medio ambiente. Conviene también constatar, que a pesar de la baja en número, la puesta a punto de la misión oblata por un tipo de reestructuración equivale a una nueva fundación.

Podemos alegrarnos también de la ordenación del primer Oblato laosiano, después de treinta años, y del aumento de las vocaciones en países de los que apenas habíamos escuchado hablar antes. Por número de estudiantes, los diez primeros países son Polonia, Camerún, Congo, Zambia, Haití, Jaffna, Colombo, la India y Filipinas, cada uno con un número que varía, entre treinta y ochenta personas en primera formación. En porcentaje, más de la mitad de estas Provincias tienen al menos un tercio de sus miembros en primera formación. A menudo tienen que afanarse para alcanzar dos fines, mientras preparan misioneros no solamente para su país, sino para el mundo entero. Es interesante ver cómo en el conjunto de la Congregación, a pesar de una ligera merma anual de cerca de un 1%, el número de los miembros en formación pasó, entre los años 2004 y 2006, de seiscientos setenta y seis a un poco más de setecientos o sea, aumentó cerca de un 5%. Es reconfortante constatar, leyendo las solicitudes de primera obediencia, que varios de ellos están dispuestos a ir a las misiones en el extranjero, sesentaicinco sobre doscientos desde el Capítulo del 2004, es decir, cerca de 33%. A esto, es necesario añadir la alegría de ver crecer el número de laicos asociados y el aumento de su contribución a nuestra misión, y la vitalidad de los institutos religiosos que están emparentados con nosotros, algunos de ellos siendo de reciente fundación.

Hace bien, de igual forma, ver la solidaridad entre las Provincias en el compartir el personal y los bienes materiales; programas como el de la División del capital I, la Campaña de financiación misionera y hoy el programa de División del capital II hablan de sumas compartidas, y se coopera aún mucho más a escala bilateral. La Congregación respondió generosísimamente a los llamados de ayuda hechos tras el maremoto de 2004 y del terremoto de 2006 en Indonesia. Querría aquí agradecer a nuestros benefactores; la mayor parte del material para la misión está ahora en el lugar gracias a su apoyo sin reserva.

Obviamente, las penas acompañan a las alegrías de la misión. Sobre todo, me preocupa si una Provincia o Delegación oblata no tiene un objetivo común ante una realidad cambiante. Es peligroso tanto para las Provincias en baja numérica como para las que van en crecimiento. Cuando la falta de objetivo o liderazgo dura, no hacemos más que proseguir nuestro trabajo, incluso si se hace bien. El peligro existente es no ver al elefante en el jardín, es decir, los nuevos pobres, no aportando nuestra ayuda y recurriendo con todos los medios a nuestra disposición, incluidos los medios de comunicación, las escuelas, el trabajo de justicia y paz, o también no tomar seriamente a los laicos, formando dirigentes cristianos para la sociedad, etc.

La falta de visión puede extenderse a la comunidad y frenar el florecimiento misionero personal. Para algunos puede resultar imposible desplazarse si la misión no camina o si el voto de obediencia ya no parece eficaz. Los miembros más talentosos pueden alejarse progresivamente. Varios pueden pretender vivir y trabajar independientemente unos de otros, aunque las condiciones geográficas les permitan hacerlo juntos. Además, la vida en las

comunidades materialmente existentes puede carecer de este fuego que debe venir de nuestra oblación total a Dios y a su pueblo.

Si nuestra vida comunitaria se debilita, pueden surgir dudas sobre el valor de nuestra vocación de religiosos sacerdotes y hermanos. Todos podemos ser tentados por la tolerancia de un estilo de vida materialista que carece de coherencia, ya estemos en países ricos o en los más pobres, con el fin de encontrar compensaciones emocionales fuera de nuestro modo de vida o ser infieles a nuestro voto de obediencia. Es difícil atraer vocaciones en tales condiciones. Necesitamos pues apoyo mutuo para resistir. Algunas declaraciones del Capítulo de 2004 nos vuelven a poner seriamente en cuestión: "Nuestra vida comunitaria es a menudo débil; nuestra vida de oración tiene necesidad de ser reforzada" (Carta del XXXIV^o Capítulo general, p. 7. Ver la carta mía que siguió inmediatamente a este Capítulo).

Me preocupa menos del número decreciente de Oblatos en algunas partes del mundo. Un pequeño equipo puede ser muy misionero, como era el caso al principio de la Congregación. El objetivo misionero, la unidad del grupo y la calidad de vida personal, esto es lo que cuenta. Cuando el documento *Testigos de la esperanza* habla de las "necesidades personales de cada Oblato, para que sea 'ministro de esperanza'" (TE, n 8, p. 26), menciona dos aspectos de la animación: "a. alimentar la vida oblata comunitaria y religiosa; b. garantizar la formación de los superiores y otros que comparten el liderazgo en el ámbito local y de la Unidad" (Ibíd. p. 26). Para superar las dificultades, puede resultar eficaz, proceder por pequeñas etapas tanto en la esfera de la renovación interior como a través de algunas nuevas iniciativas misioneras que pueden servir como señales de estímulo.

La diversidad de los campos misioneros

Dejemos los sentimientos de alegría y pena para pasar a la realidad externa de nuestro medio de trabajo. En lo que percibimos la misión de los Oblatos hoy, lo que se puede expresar sencillamente en estas palabras: "Unidad en la diversidad".

La evolución demográfica de la Iglesia y de la Congregación es el factor principal de este cambio. Los misioneros no viajan ya del Norte (primer mundo) al Sur (tercer mundo); van en todas las direcciones. Lo que significa que la diversidad cultural aumenta y puede crear mucha confusión, por lo que, estamos llamados a vivir en un contexto internacional multilateral. Los cambios demográficos tienen por consecuencia que disponemos, hoy, de menos recursos para nuestro trabajo que en el pasado. Las Misiones pobres dependen hoy de Provincias que son también pobres y éstas deben a menudo asegurar la subsistencia de sus numerosos miembros en formación primera.

En la Casa general, estamos encargados de [...] "asegurar la animación necesaria a un Instituto misionero unido" (C 130). Es sobre todo durante las reuniones y sesiones internacionales que tomamos conciencia de la unidad de cuerpo de la Congregación. Durante los viajes, es reconfortante ver, en tantos lugares sobre tierra, que el espíritu que nos impulsa a llevar buenas noticias y la Buena Noticia a los que pasan necesidad; y nuestro sentido de la familia es tan similar. Eso no nos impide, sin embargo, reconocer una diversidad creciente. Es sorprendente el alcance de esta diversidad. Pero, con el tiempo, me parece que la mayor diversidad no tiende tanto a diferenciar las culturas como a las situaciones particulares de la misión donde se comprometen. Es sólo una impresión personal.

Intentemos dar una reseña. Al viajar a través del mundo, constato que los Oblatos evangelizan a los pobres y más abandonados en seis campos misioneros distintos.[2]

Evangelizamos, en primer lugar, en países cristianos donde el Evangelio se ha extendido donde las comunidades cristianas ya existen, pero dónde hay tanto trabajo que hacer como en el período que siguió la Revolución Francesa, en tiempos de Eugenio de Mazenod. Por ejemplo, América Latina carece de misioneros, sobre todo de sacerdotes y de religiosos, para ir hacia los más abandonados. Los territorios de varios países están casi a la mitad abandonados.

En segundo lugar, vivimos en una cultura llamada secularizada que florece principalmente en

medios cristianos, pero que comienza también a extenderse exteriormente. Nos enfrentamos aquí a la voluntad de explicarlo todo sin referencia a Dios, de vivir, con todos fines pragmáticos, como si Dios no existía. Misionar en tal contexto cultural no es gratificante; podemos sufrir una determinada agresividad y sobre todo una ausencia de respuesta ante los medios tradicionales de evangelizar. Durante estos últimos años, los Oblatos intentaron afrontar este reto organizando varios congresos. Nuestra primera comunidad piloto y las otras experiencias en curso como la pastoral con los jóvenes, el trabajo de los medios de comunicación y JPIC dan prueba de nuevas maneras de estar presentes en esta nueva cultura que, a través de la universalización, puede extenderse aún más.

En tercer lugar, hay misioneros que están en regiones donde la gran mayoría de la población pertenece a una de las grandes religiones del mundo como el hinduismo, islamismo y budismo. Encontramos allí otro desafío que enfrentar. En estas regiones, estamos al servicio de la minoría cristiana, pero debemos, por otra parte, preocuparnos de los que aún no han escuchado hablar de Cristo; es el campo del diálogo interreligioso en el cual mi antecesor, Mons. Marcello Zago, fue el uno de los pioneros en la Iglesia Católica.

En cuarto lugar, anunciamos el Evangelio en sociedades que fueron o aún están sometidas a regímenes totalitarios, en particular en el mundo comunista o él que lo siguió. Allí aún, encontramos una situación completamente diferente. Las condiciones de trabajo de los misioneros son a menudo precarias. ¿Cuántas veces la libertad religiosa sólo existe en el papel? En esta situación, los Oblatos necesitan una gran paciencia e igualmente un tremendo apoyo.

El quinto campo misionero que podemos identificar es aquel dónde los misioneros anuncian el Evangelio a culturas tribales. Aprendiendo a tomar la religión animista más en serio que en el pasado, vemos muy a menudo, que en este ámbito, las conversiones a la fe cristiana son más fáciles.

El sexto y último campo de misión puede encontrarse en todos los continentes. En varios lugares, nuestro trabajo misionero se ejerce en un contexto de violencia, guerra o pobreza extrema. Se pueden añadir las situaciones de posguerra y de epidemia de SIDA. El consuelo y la atención, la reconciliación y la curación son los mejores caminos de evangelización en este ámbito.

Naturalmente, que estas categorías sólo reflejan la realidad en forma aproximada. Pero si hiciéramos el retrato de cada Oblato en su campo específico de misión, nos sería más fácil sentir que todos formamos parte de un mismo cuerpo misionero. Pretender conocer las distintas situaciones y ser objeto del apoyo de nuestras plegarias, sobre todo durante la oración, unirá a todo el cuerpo de la Congregación. Ninguno ha de tener la impresión de ser olvidado o de vivir en una situación desesperada. Al contrario, son las misiones más difíciles y las más ingratas de las que debemos estar muy orgullosos.

Una cosa parece evidente cuando contemplamos nuestra diversidad y nuestra unidad: la comunicación y los intercambios se hacen más importantes que nunca. Nuestra página web desempeña, en este sentido, un papel importante. Muestra la realidad de lo que somos a través del mundo y hace los contactos más fáciles; pongamos su contenido a la disposición incluso de los Oblatos que viven lejos y la utilizan, en la medida de lo posible, de manera interactiva. Debemos recurrir a todos los medios convenientes para mantener contacto más allá de las fronteras.

III. Discernir la llamada de Dios en la misión

Es nuestra presencia misionera. Es allí donde estamos, en estos sesenta y siete países, ¿Adonde nos emplaza Dios para ir más lejos, en el futuro? Debemos estar constantemente a la escucha del Maestro que nos llama. Que se trate de un individuo o de una congregación, una vocación no es un único acontecimiento en una vida. ¿Cuál es nuestra vocación oblata hoy? ¿Dónde Cristo quiere que vayamos en el mundo actual, en este mundo que él ama tanto?

Un vistazo al mundo de hoy

Una de las características sorprendentes del mundo en el cual vivimos es su complejidad. Somos más prudentes cuando intentamos interpretar su presente y prever su orientación futura. ¿Quién habría predicho la caída del muro de Berlín? ¿Quién estaba consciente de la fuerza espiritual del islam y del poder de su ala radical? Podemos observar con satisfacción que los modelos esquemáticos de interpretación en forma de ideologías fallaron, pero debemos lamentar que el pensamiento crítico se haya debilitado ante su complejidad y que el relativismo parezca extenderse. Sin embargo, permanece la búsqueda de sentido en todo esto.

Nosotros Oblatos, recientemente no hemos pretendido encontrar una interpretación global del mundo de hoy. Algunos han criticado este hecho. El último Capítulo eligió un enfoque más modesto que nos conducirá poco a poco a una visión más amplia. Invitó a cada Provincia o Delegación a hacer el análisis de su propio medio social y eclesial a través del proyecto *Inmensa Esperanza*. También destacó al menos una de las características de la sociedad contemporánea: los ricos como los pobres sienten la necesidad urgente de esperar.

Podemos escuchar que hay otros elementos de interpretación del mundo que evangelizamos. La fórmula de Einstein, sirviéndonos al mismo tiempo de ejemplo, describe también el espíritu fundamental de la cultura de hoy. A través del símbolo de la fórmula $e = mc^2$, reconocemos el progreso científico y tecnológico del tiempo moderno sin precedentes, que liberó el poder del átomo. La influencia de este progreso se extendió al mundo entero gracias a las comunicaciones y a los viajes que se hacen más fáciles. Hablamos verdaderamente de una aldea global, de la mundialización. Al mismo tiempo, nuestra relación con el futuro pasó a ser muy angustiosa debido a la capacidad destructiva de esta fórmula. Reconocemos que nuestro comportamiento ético no creció en la misma proporción que el progreso realizado en el plano técnico y eso nos da miedo. En consecuencia, la pobreza aumentó[3], hubo varias guerras desde la Segunda Guerra Mundial.[4] Esto ha puesto un velo sobre el optimismo inicial del tiempo moderno y en consecuencia, para varios, nuestra cultura actual es post moderna. Ante la grandeza de este mundo, el espíritu post moderno se caracteriza por una crisis profunda de esperanza.

Nosotros Oblatos, percibimos muy bien esta sed de esperanza a través de la pobreza, la guerra y las consecuencias de la guerra en los numerosos lugares donde vivimos y trabajamos. Tenemos por ejemplos la guerra civil que dura desde hace veintitrés años a Sri Lanka y que implicó la muerte de sesentaicinco mil personas desde 1983 y reclamó tres mil vidas desde el final concreto del cese del fuego de 2005; la guerra en el Congo de 1998 a 2002; los conflictos armados en el Sur de Filipinas de 1972 a 1996; en Guatemala de 1960 a 1996 y en Colombia desde 1964.

Nuestra respuesta, los capitulares de 1998 la formularon, en estas palabras: "Testigos y profetas del Dios amor, queremos ser hombres de esperanza, reflejando la actitud de un Dios que no abandona nunca a su pueblo [...] el Capítulo, que al mismo tiempo nos ha hecho medir la realidad a menudo dolorosa, del hombre de hoy y nuestros propios límites, hizo nacer en nosotros una enorme esperanza" (EPM 8).[5]

Tres preguntas sobre la misión

Al cumplir nuestra misión en un mundo tan complejo y dramático, surgen algunas preguntas que podrían paralizarnos si no las respondemos. Mencionaré tres indicando de qué manera los Oblatos han intentado responder.

1. ¿Cómo evangelizamos a los pobres y más abandonados que pertenecen a la cultura dominante del mundo de la secularidad?

Tenemos conciencia que este campo misionero es difícil, situado principalmente en los países desarrollados, en el que a veces no hacemos más que sobrevivir en trabajando un nicho, por ejemplo, con los que frecuentan aún la Iglesia o con inmigrantes de primera o segunda generación. Sí es legítimo y necesario responder a sus necesidades, debemos con todo cuestionarnos sobre nuestro enfoque misionero con personas que viven incluso en el corazón de la cultura secularizada. Como lo mencioné más arriba, se hicieron algunos esfuerzos de alto

nivel de reflexión en nuestro instituto, a través de proyectos piloto. Debemos hacer más por la población que pertenece a la cultura dominante de la secularidad. Sigamos identificándonos con los más abandonados en este contexto, los pobres y olvidados que son en cualquier cultura a los que los Oblatos son especialmente enviados.

2. ¿Cómo reaccionamos ante la extensión dramática de la pobreza en una gran parte del mundo?

Esta cuestión nos lleva a echar un vistazo al pasado colonial de varios países y sobre la situación de injusticia en la cual viven sus actuales poblaciones. La historia juzgará al colonialismo, pero no podemos limitarnos a esperar este juicio. En consecuencia tenemos necesidad actualmente de una mejora profunda y de una reconciliación. La situación de injusticia no puede cambiarse inmediatamente, pero debemos denunciarla y atacarla, aunque sea a pasos cortos. Los Oblatos han tomado algunas iniciativas en el ámbito de la investigación del pasado y el análisis de la sociedad contemporánea, pronunciándose proféticamente, ofreciendo acompañamiento y trabajando en el alivio y conduciendo con cautela la defensa de la gente.

Se debe empujar más lejos la búsqueda. Las siguientes perspectivas deben ser consideradas: pronunciarse públicamente contra la injusticia puede contradecir la complicidad con el colonialismo de algunos miembros de la Iglesia y las estructuras pasadas. Se puede también animar a los que son pudientes y a los mismos pobres que deben encontrar respuestas eficaces a los sufrimientos injustos de hoy. El carácter internacional de la misión puede constituir otro elemento de la respuesta que debe darse. Las comunidades internacionales pueden servir de laboratorios y señales que pongan de manifiesto, que las heridas culturales y políticas del pasado y las divisiones presentes se pueden superar. La pastoral del alivio, tanto físico como psicológico, puede ser también una potente señal de esperanza; lo que implica a menudo una colaboración, que supera a las divisiones étnicas y religiosas.

3 ¿Cómo nuestra misión de proclamar a Cristo puede realizarse al mismo tiempo que la inculturación y el diálogo entre religiones?

Debemos aún descubrir la importancia, que antes de hablar, hay que ponerse a la escucha de las otras culturas y otras religiones. Descubriremos la necesidad de aprender, en sentido amplio, el lenguaje de los otros. El Vaticano II nos instruyó no sólo sobre la libertad religiosa, sino también sobre la posibilidad de la salvación para los pueblos de otras confesiones de fe. Mons. Marcello Zago entregó a la Congregación su experiencia sobre el budismo y toda la Iglesia aprovechó de su trabajo de pionero en este diálogo. En consecuencia, parece que asumimos nuestra misión con más serenidad; pensamos que no se ha que tener miedo al diálogo, incluso si demora y exige mucha paciencia. Reconocemos que Dios tiene su hora. Por eso, pasamos a ser más respetuosos de las culturas y estar atentísimos para no proponer modelos occidentales como los más compatibles con el cristianismo.

En el contexto de tal apertura al diálogo y al respeto de las otras culturas y confesiones, se alzan algunas voces para poner en duda la misión que recibimos, que en definitiva es hacer que personas sean discípulos de Cristo y miembros de la Iglesia. Si todos pueden salvarse, si la diversidad cultural debe respetarse, ¿Por qué no animar simplemente a la gente que viva su propia fe o religión lo mejor que ellos puedan, mientras que sean felices, en vez de empujarles a cambiar? Conviene saber que *Redemptoris Missio* reconoce que se planteen estas preguntas. En respuesta, la encíclica propone la novedad de la vida en la que los cristianos hacen la experiencia en el derecho al acceso de todos a la nueva vida: ¿"Por qué la misión"? Porque, a nosotros como San Pablo "se nos confió esa gracia, la de anunciar a los paganos la insondable riqueza de Cristo" (Ef 3, 8). La novedad de la vida en Él es la Buena Noticia para el hombre en todas las épocas: a la que son llamados y están destinados todos los hombres. Todos lo buscan efectivamente, aunque a veces es de manera confusa, y todos tienen el derecho a conocer el valor de este regalo y de acceder a él "(RM 11).[6]

Tal respuesta no va contra el diálogo y la inculturación, sino que nos convence más aún, a nosotros cristianos, de la novedad de nuestra identidad.

No podemos pretender ya haber encontrado una respuesta exhaustiva a las tres preguntas formuladas en esta sección. Están vigentes y debemos aún oírlas. Sin embargo, no podemos poner en suspenso nuestra vocación y limitarnos a esperar. Dios nos envía constantemente.

Presupuestos misionológicos

La forma en que concebimos la misión influye profundamente en nuestra manera de actuar. A menudo, no estamos muy conscientes de nuestros presupuestos sobre la misión. Esto puede servirnos de excusa, puesto que en muchos casos no recibimos la formación primera específica para el trabajo misionero, no obstante no podemos eximirnos de reflexionar acerca de nuestra experiencia misionera y proseguir nuestra formación y enriquecer nuestra misionología personal y común. Permítanme compartir con ustedes algunas de mis convicciones personales con el fin de contribuir a los fundamentos misionológicos necesarios para nuestro trabajo en un mundo en transformación.

1. La misión se arraiga en el amor trinitario de Dios

El Nuevo Testamento nos presenta un orden formal de misión, cómo al final del evangelio de Mateo, en el momento que Cristo envía a sus discípulos a predicar la Buena Noticia a todas las criaturas de la tierra (Mt 29, 19). Los misionólogos de hoy prefieren a menudo fundar en la Trinidad la misión cristiana. La misión no es más que el resultado de un carácter explícito. Pertenece a una dinámica más profunda. "Como el Padre me envió, a mi vez lo envío yo" (Jn 20, 21); esta es la forma cómo Cristo presenta nuestra misión en el evangelio de Juan. En el plan eterno de Dios, su amor debía comunicársenos en la plenitud de los tiempos, cuando el Padre nos enviaría su Palabra viva, su propio Hijo. A continuación, Dios nos envió el Espíritu para que pudiéramos comprender esta Palabra y ser transformados. Al partir de la teología trinitaria, podemos decir que él mismo Dios, en su amor, es el primer misionero. No podemos pues convertirnos en misioneros sin entrar en esta dinámica trinitaria.

Podemos ver en la cruz oblata el símbolo del origen trinitario de nuestra misión. Dios el Padre envió su Hijo a tomar su cruz, morir, resucitar por el poder del Espíritu y así redimir al mundo que tanto ama. Es la cruz que nos remite a nuestra oblación perpetua, nos recuerda al mismo tiempo el amor de Dios y la atención que a nosotros presta. Es también nuestra señal distintiva, que nos señala como corredentores. Al tomar nuestra cruz, proclamamos al mundo el amor compasivo de Dios, la misión de su Hijo y nuestra propia misión en el Espíritu.

2. La misión pertenece a la Iglesia

Si el Padre envía a Cristo y el Espíritu se revela como amor y comunión en las personas, el *objeto* de nuestra misión no es solamente declarar esta revelación, sino también construir esta comunión en el Espíritu de Dios, en vista del Reino de Dios, a través del servicio a la Iglesia. En consecuencia, el *sujeto* de la misión es una comunidad de la misma manera, muy exacta; al menos, no puede ser sino una sola persona. La misión se realiza fundamentalmente en beneficio de la Iglesia, terreno dónde se vive en primer lugar la nueva vida en comunión con Cristo resucitado. Ella pasa de la Trinidad a la Iglesia antes de que se incorpore, el mundo en cada uno de sus miembros.

El Capítulo de 1998 expresa esta convicción que "la evangelización no es la obra de francotiradores sino de toda la comunidad religiosa, de toda la comunidad cristiana" y añade: "Es la Iglesia que evangeliza. Es ella que nos envía (EPM 12)."

Esta es la razón por la que, nosotros Oblatos debemos alegrarnos de haber recibido, a través nuestro Fundador, el carisma de la vida común, porque se expresa allí dónde comienza la misión y eso hace que se tienda a ella: "Todos estarán unidos por los vínculos de la más íntima caridad", así dice la Regla de 1818[7]. Los capitulares de 1998 igualmente muestran el vínculo que existe entre comunidad y misión: "La comunidad es un don que Dios nos hace y por nosotros a los hombres, para significar la vida fraterna a la que todos están llamados." Es Buena Noticia para la Iglesia y el mundo, y es en este sentido que ya es, en sí mismo, misión "(EPM 27).

Según Michael Downing, teólogo estadounidense," la Iglesia no se constituye como tal, si no

tiene una misión; es más bien la misión que tiene una Iglesia".[8] No es la Iglesia o algunos de sus miembros que asumen una misión; al contrario, es la misión de Dios que crea una Iglesia a su servicio. La misma misión de Dios cuenta asimismo, con los Oblatos a su servicio. Es el Espíritu Santo que nos ha creado, a nosotros los Oblatos y es su carisma que nos permite dar prueba del amor divino y hacerlo a través de nuestra comunidad religiosa. La comunión puede ir más allá de la Iglesia cuando trabajamos con los cristianos como con los no cristianos para que el Reino de Dios sea dado a conocer.

3. La misión debe encontrar sus razones místicas y su fuerza profética

¿Debido al apremio ejercido sobre nosotros, nos sentimos demasiado presionados en nuestro trabajo misionero? Siempre hay tanto que hacer y será siempre así; los misioneros nunca estarán desocupados. Parece que precisamente es por eso que tendríamos necesidad de una espiritualidad misionera más sólida. Ni siquiera podemos responder a todas las solicitudes, tampoco asumirlas convenientemente, sin el Espíritu. Recordemos al teólogo Karl Rahner que dijo una vez: el cristiano del futuro será un místico o no será.

Me di cuenta recientemente que, en el emblema de nuestra Congregación, *Evangelizare pauperibus misit me*, no me tiene sujeto. ¿Quién nos ha enviado a evangelizar a los pobres? Según Luc 4, es Dios o el Espíritu de Dios (los exegetas de entre nosotros podrían precisar este punto). *Spiritus Domini evangelizare pauperibus misit* sería un emblema más completo puesto que diría más claramente quien nos envía.

Es nuestro fundamento místico. Debemos estar agradecidos por tal llamada. La misión es un asunto de toda la Iglesia, inscrita en sus genes y constituyente su esencia. Pero se nos eligió, a los Oblatos, de una manera especial para la misión. Vivimos nuestra oblación en el celibato y en comunidades apostólicas visibles. Todos los cristianos y aún más los religiosos misioneros lo sienten con mayor fuerza hoy, que constituyen una minoría en un contexto de universalización, en un menudo secularizado. La fuerza de las minorías, sociológicamente, se apegan al vigor de la identidad que los identifica. Vivamos orgullosos de lo que somos y dejemoslo ver. Tengamos el valor de ser, por nuestra manera de vivir y actuar, francamente diferentes, al punto que los otros puedan vernos como profetas.

Hemos sido enviados como profetas y los profetas deben transmitir el mensaje de Dios por sus palabras y sus acciones, por su existencia. "... nuestra evangelización debe ser integral, es decir, anuncio explícito de Jesucristo, testimonio de vida y un compromiso real en la transformación de este mundo" (EPM 15). La misión es un acto de amor, que se nutre con del amor divino, que busca aportar una ayuda eficaz y no contentarse con palabras, que quiere transformar cada persona, y también las estructuras del mundo.

Puestas juntas, la mística y la profecía es una divisa de la Conferencia latinoamericana del religiosos (CLAR), lo que no sólo nos impide que nos encerremos en nosotros mismos, sin apertura a los otros, sino que tampoco seamos solo trabajadores sociales no conectados a la Vid, Cristo Jesús. Los Oblatos siempre han sido buenos para establecer contacto con los abandonados, estando cerca de la gente. Saben también que es el misterio pascual de Cristo que salva y conduce a la nueva vida, una verdad que nuestros mártires oblatos, místicos y profetas modernos, vivieron plenamente.

Un fundamento de la misión: ¿Cuál es la fórmula secreta de los Oblatos?

Volvamos a Einstein una vez más. ¿Existe una fórmula breve para decir lo que es la misión de los Oblatos? ¿Que es lo que explica su extraordinaria potencia anterior y puede aún desplegarla en el futuro?

Nuestro Fundador partió con su actividad misionera personal. Al descubrir en los jóvenes, los sirvientes y los presos de Aix una necesidad tan urgente, que comenzó solo. Después de haber caído seriamente enfermo, concluyó que la tarea era demasiado grande para él solo. De allí nacieron los Oblatos.

Para llegar a una fórmula, que permita recurrir a una imagen. Representémonos una de las

cruces de misión plantadas por los primeros Oblatos en los pueblos de Provenza. Creo que ahí están los elementos de nuestra fórmula.

Estos elementos son: entre las personas que son *los más abandonados* de su tiempo; una *comunidad* apostólica; lleva la cruz de *Cristo Salvador*. ¿No están allí los tres elementos fundamentales de la misión Oblata? ¿No está allí la parte fundamental de nuestro fundamento de misión?

Al jugar un poco con estos elementos, podríamos decir en lenguaje matemático: dar esperanza a los pobres (E) es igual a la cruz de Cristo (C) multiplicada por el testimonio de la comunidad (T) (o, si eso no es exagerado, por el cuadrado del testimonio de tal comunidad apostólica), por lo tanto: $E = CT^2$.

Traduzcamos eso en lenguaje de los últimos Capítulos generales. Al estar al servicio de los mas abandonados, les llevamos la Inmensa Esperanza de Cristo, gracias a una comunidad que se atreve a cruzar las fronteras.

Permítanme hacer algunos comentarios sobre nuestro fundamento de la misión a la luz del mandato recibido del Capítulo.

Estar al servicio de los más abandonados...

Les propongo mi principal reflexión sobre este tema: tenemos que precisar nuestro objetivo. Con San Eugenio, exclamamos: ¡"Qué inmenso campo se les abre! ¡Qué noble y santa empresa! "(Prólogo) el campo es demasiado extenso y está claro que debemos precisar nuestros objetivos, como el Fundador lo hizo llamando a su pequeño grupo "Misioneros de Provenza ", en comparación con los " Misioneros de Francia" de su amigo Forbin-Janson. Tenemos a veces un complejo de salvadores, pensando que somos nosotros quienes debemos salvar al mundo entero. Como en el tiempo del Fundador, nos es necesario aún hoy fijar límites. Este ejercicio a veces doloroso es un responsabilidad importante para cada Comunidad, cada Provincia o Delegación, y para sus responsables, los superiores, que tendrán necesidad de la opinión de sus consejeros y otras personas.

Somos misioneros de la esperanza, no de la realización inmediata. Suscitar la inmensa esperanza con recursos limitados, tal es nuestra misión. Aunque, en algunos lugares, somos numerosos, debemos aún limitar nuestro campo de acción, teniendo en cuenta nuestros medios y haciendo elecciones estratégicas prudentes en favor de los mas abandonados, de los que están en mayor necesidad.

A los pobres, debemos ofrecer un trabajo misionero de la más alta calidad. Calidad significa profundidad espiritual y profesionalismo al mismo tiempo. Eso quiere decir que no se limita a cubrir superficialmente un extenso campo de acción. Queremos extender la semilla del Reino de Dios, transformando profundamente la vida de las personas, de las familias y de la sociedad que servimos. No podemos cambiarlo todo, pero, al hacer elecciones, en lo que realizaremos tendremos la calidad de levadura que, en su tiempo, transformará al resto.

... nosotros les aportamos la Inmensa Esperanza de Cristo

"Responder a la sed de esperanza de nuestro mundo" (TE, p. 12), así el último Capítulo describe el contenido de nuestra misión. La pérdida de la esperanza es el gran peligro de la posmodernidad que amenaza también a los cristianos de nuestro tiempo.

¿Cómo hacer nacer en nosotros la esperanza? ¡Necesitamos una vida espiritual intensa, "mística"! Todo lo que la constitución 33 dice de la Eucaristía, de la Palabra de Dios, de la Liturgia de las Horas, de la oración silenciosa y prolongada, del sacramento de la reconciliación, no es una exageración. Podremos encontrar nuestro alimento, en particular, en los textos de la Escritura que hablan del exilio, en el segundo Isaías o en el Éxodo.

¿Cómo transmitir esta esperanza? Si algunos medios de comunicación son menos entendidos en una cultura formada por dichos medios, hay aún maneras simples de transmitir la

esperanza del Cristo: la atención a las personas, la hospitalidad de las comunidades, el cuidado de los más pobres entre los pobres. San Eugenio y sus compañeros, así como el bienaventurado José Gérard, no esperaron que la gente viniese ellos. Ellos fueron a visitar, con preferencia a los enfermos, moribundos que padecían de enfermedades contagiosas. Además de anunciar la Palabra allí donde era posible, los misioneros oblatos siempre han construido escuelas y han formado responsables, fundado hospitales y favorecido la agricultura, luchado por la justicia y el cambio de las estructuras, promovido la justicia y han tomado la defensa de su gente, haciendo en modo que los sin voz pudieran ser escuchados.

Tenemos, en la Congregación, varios ejemplos de testigos de la esperanza en situaciones muy difíciles; entre ellos, figuras proféticas como la del bienaventurado José Cebula, Albert Lacombe, Maurice Lefebvre, Benjamin de Jesus, Denis Hurley, sólo para nombrar uno por Región

... por medio de una comunidad que se atreve a cruzar las fronteras

Una de las sugerencias de carácter práctico hechas por el Capítulo de 2004 es "establecer nuevas comunidades internacionales piloto" (TE n 3.1). Debemos emprender nuevos proyectos comunitarios. Si la comunidad no quiere arriesgar; los miembros más creativos de la Congregación se lanzarán a menudo solos en proyectos individuales que no encontrarán siempre el apoyo del resto de la Provincia y podrán carecer de continuidad. Debemos trabajar juntos desde el principio, aunque el éxito no esté garantizado. Antes de que la misión del padre José Gérard, en África, se convirtiera en un éxito en Lesotho, los Oblatos habían estado, en Argelia y Natal, tentativas que no habían conocido mucho éxito, pero como se trataba de proyectos comunitarios, han podido reponerse después.

Las comunidades piloto tienen un carácter internacional. La carta del Capítulo de 2004 así lo declara: "... [las recomendaciones] si debieran teñirse de un color común, sería la de la *internacionalidad*." (TE p. 9). Los sociólogos hablan de aldea global y la Iglesia se percibe como pueblo de Dios donde nadie es extranjero. Si nuestro futuro es la comunión definitiva en un nuevo cielo y en una tierra nueva, la Congregación, hoy en más de sesenta países, debe sacar más ventaja de su carácter internacional, mucho mas de lo que hace actualmente. Eso se aplica no sólo a compartir el personal y los bienes materiales, sino también a la transmisión de las aptitudes; al acceso a la formación necesaria y al compartir entre nosotros nuevos enfoques misioneros.

Como modelo de tales comunidades piloto pluralistas llenas de audacia, podemos tomar a la comunidad de los Apóstoles en el momento del Pentecostés. Si permanecemos unidos en la oración y llenos por el fuego del Espíritu, María madre de los Apóstoles, en medio de nosotros, en virtud de la palabra de Jesús sobre la cruz, ¿hay algo que pueda detenerla?

Compromiso que debe dar esperanza a los mas abandonados de nuestro tiempo, fidelidad a Cristo Salvador y testimonio llevado en cuerpo apostólico, tales son los elementos de la fórmula secreta que explica la fuerza extraordinaria de los Oblatos durante los ciento noventa últimos años.

IV. Las etapas que deben cruzar las provincias y comunidades

Si nos hacemos el tiempo de enumerar todos los mandatos y las sugerencias emitidos por el XXXIVº Capítulo general, como nuestro Secretario General lo hizo, hace dos años, resulta una larga lista de cosas pendientes. Al limitarse lo que se pide a las Regiones y a las Provincias o Delegaciones, en lo que concierne directamente a la misión, él concluye lo que sigue.

Las palabras son aquellas del documento *Testigos de la esperanza*:

- "predicación de misiones parroquiales"
- "revitalización de nuestra misión evangelizadora, de nuestra catequesis, de nuestras prácticas pastorales y de nuestras liturgias"
- "reflexión continua sobre la misión y la secularidad"
- "diálogo interreligioso"

- "comunidades internacionales piloto"
- "promoción de la justicia, la paz y la integridad de la creación"
- "desarrollo de una pastoral juvenil misionera"
- "el uso... de los medios de comunicación así como su evangelización"
- "formación para la misión", "formación para la internacionalidad"
- "en vista de una pastoral vocacional con planes de acción concretos"

De esta lista, digamos que podríamos extraer, tres prioridades, para nuestra vida misionera. Dado que "la preocupación del XXXIVº Capítulo general fue traducir nuestras palabras de esperanza en acciones concretas" (TE, Conclusión, p. 42), he aquí, a partir de nuestro fundamento de misión, tres cosas que podríamos hacer.

1. ¡Que más a menudo, tanto como individuos que como comunidad, sepamos aminorar la velocidad, con el fin de dedicarnos a la contemplación!

Eso implica un cambio de actitud, de estilo de vida personal y comunitario, lejos del "complejo de salvador" y de una cultura de la actividad frenética. La encíclica misionera dice: "el misionero, si no es un contemplativo, no puede anunciar a Cristo de una manera creíble [...] el que anuncia la Buena Noticia debe ser un hombre que encontró en Cristo la verdadera esperanza" (*Redemptoris Missio*, Nº 91). Por otra parte, de grandes místicos como Teresa de Ávila o Dag Hammarskjöld fueron personas muy activas. Si dedicamos tiempo a la pura contemplación, nos convertiremos en contemplativos en el trabajo y más creíbles, fértiles y eficaces en nuestra acción.

2. ¡En todo trabajo misionero, no dejemos de comprobar la calidad de nuestra misión!

¿Evangelizamos, vamos hacia los más abandonados, actuamos en comunidad? ¡Tales son las preguntas que es necesario que nos planteemos sin cesar, sobre la calidad de nuestro trabajo! El instrumento del que disponemos y nos interroga es el proyecto *Inmensa Esperanza* y tiene el tamaño de la Congregación. Explícitamente, el Capítulo "... asume el trabajo que ha sido realizado y urge a cada Unidad oblata a proseguir en sus esfuerzos y viéndolo como un proceso continuo de autoevaluación y desarrollo de las estrategias para la misión" (TE, p. 6).

Eso vale para toda obra oblata. Tomemos el ejemplo del ministerio parroquial, puesto que un enorme número de Oblatos ejercen su misión en estructuras parroquiales. Éstas deben reevaluarse según nuestros criterios misioneros. Varias de las sugerencias del Capítulo que mencioné anteriormente pueden aplicarse en el trabajo parroquial: "predicación de las misiones parroquiales", "la revitalización de nuestra misión evangelizadora, de nuestra catequesis, de nuestras prácticas pastorales y liturgias", "reflexión continua sobre la misión y la secularidad", "diálogo interreligioso", "promover la justicia, la paz e integridad la creación", "desarrollo de una pastoral juvenil misionera", "del uso de los medios de comunicación así como de su evangelización", "la pastoral de las vocaciones". ¿En nuestras parroquias, nos perciben como misioneros, que atraviesan nuevas fronteras para unirse a los mas abandonados? ¿Nuestro espíritu comunitario engloba a los laicos al punto de trabajar en sociedad con ellos? He aquí el control de calidad al cual debemos someternos.

3. ¡Que cada Provincia o varias Provincias juntas creen de una o a dos comunidades piloto!

San Eugenio aprendió en el seminario cómo trabajar en pequeños grupos. Lo que en el seminario de San Sulpicio se llamaba la Asamblea de los asociados (la Aa) que luego se convirtió en Aix, en la Congregación de la Juventud cristiana; las dos tenían por objeto ejercer una influencia sobre el medio circundante. Vio a sus jóvenes como un núcleo, y por ello vio a sus Oblatos. ¿No podrían hoy las comunidades oblatas funcionar de la misma forma? La idea de comunidades piloto es el fruto de los últimos Capítulos y que traduce muy bien su visión. Podría encarnar la forma de núcleos de predicadores de misiones, de comunidades dedicadas a una nueva forma de evangelización en un mundo secularizado o de centros para el diálogo interreligioso, actuando de todos como la levadura en la masa.

Resumen y conclusión

Hemos visto que nuestra misión oblata es muy distinta hoy, pero que en esta diversidad, se puede percibir claramente la unidad de la Congregación. Existe realmente algo así como una

fórmula oblativa, un fundamento de la misión común que la caracteriza. Al seguir este fundamento, vamos a dar lo mejor de nosotros mismos. Nuestra unidad no se limita a una declaración común; formamos una verdadera familia. Podemos reforzar todo el cuerpo que forma la Congregación pretendiendo permanecer en contacto unos con otros y a sostenernos mutuamente. Aprovechando la experiencia de cada uno, descubriremos algunas maneras más precisas de ejercer nuestro trabajo misionero. Aprendemos a trabajar en un contexto internacional hasta alcanzar nuestra plena fuerza misionera. Nuestro objetivo es aportar la esperanza a este mundo que Dios ama tanto, laborando en un número limitado de lugares, allí donde nuestro trabajo misionero es más necesario.

Comencemos por dar pequeños pasos, como lo indica la sección anterior. Seamos fieles "A aquel que ha sido fiel en lo poco es fiel en lo mucho" (TE, p. 42), nos dice, en conclusión, el mensaje del último Capítulo. La presente carta no es más que una modesta contribución a la reflexión sobre la misión y un estímulo a proseguir la evaluación de nuestras prácticas de evangelización y a agudizar nuestro sentido misionero. La Congregación es una red de aprendizaje; a medida que surgen nuevas contribuciones a nuestro objetivo misionero, podremos tener más amplios intercambios.

[1] Tuvo en cuenta: La energía en reposo (e) de una partícula libre es igual a su masa (m) multiplicada por el cuadrado de la velocidad de la luz (c^2) en el vacío. Esta fórmula representa la potencia de la energía atómica; explica porqué el sol da su luz y también favorece la creación de las armas nucleares.

[2] Ver a también Testigos de la esperanza, p. 20.

[3] Prácticamente no se han verificado progresos de hecho, en la erradicación del hambre desde que la Cumbre Mundial para la Alimentación de 1996 que estableció el año 2015 como objetivo para disminuir el hambre a la mitad, según el informe de octubre de 2006 de la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO). En marzo de 2001, ochocientos cincuenta y cuatro millones de personas sufrían de desnutrición y más de mil millones de personas en los países en vía de desarrollo vivían con menos de un dólar al día. La reducción de la pobreza y el hambre es el primero de los ocho objetivos del Milenio para el Desarrollo, este programa de las Naciones Unidas al cual han adherido en consecuencia, cerca de ciento noventa países.

[4] "Después del final de la Segunda Guerra Mundial, aproximadamente treinta millones de personas fueron matadas en el curso de conflictos armados", Monbiot, George: "The Age of Consent, Harper Perennial 2004, Londres; p. 18.

[5] Nada amenaza mas a la tiranía que la esperanza", Monbiot, George: "The Age of Consent, Harper Perennial, Londres 2004, p. 93.

[6] ... "algunos se preguntan: *¿La misión para los no cristianos es aún actual? ¿No ha sido sustituida por el diálogo interreligioso? ¿La promoción humana no es un objetivo suficiente? ¿El respeto de la conciencia y la libertad no excluye toda propuesta de una conversión? ¿No puede se hacer su propuesta de cualquier religión? Entonces, porqué la misión?"* (RM 4) "La urgencia de la actividad misionera resulta de la novedad radical de la vida aportada por Cristo y vivida por sus discípulos [...] Todo el Nuevo Testamento es un himno a la nueva vida para el que cree en Cristo y vive en su Iglesia" (RM 7)."

[7] Textos escogidos, n 334, Roma 1983.

[8] Citado en R. Rollheiser, O.M.I, Secularity and Gospel, New York, 2006 p. 121.